

premio de relatos cortos
LOS MONEGROS



**IX Certamen
de Relato
Corto (2007)**

1.^{er}Premio

Cohetes de fin de fiesta

Jesús Tíscar Jandra

El sábado por la noche, un jurado competente quiso que la joven Teresa Rodríguez Lechuga, entre ocho aspirantes más, fuera la “Miss Barrio de Las Peñas 2005”, logrando con su fallo el llanto inevitable de la nueva belleza, cuyos ojos eran ya un borrón de maquillaje cuando la “Miss Barrio de Las Peñas 2004”, Jessica Esteban Pajuelo, le dio dos besos y un abrazo y un ramo de flores y le colocó la banda y la corona, que, pese a ser de plástico, era de un plástico tan bueno que pesaba como el triunfo. El foco de luz tan potente con el que por fin ese año el Ayuntamiento había dignificado el escenario, montado en la plaza del barrio, apenas le permitía ver a quienes le estaban aplaudiendo a rabiar, sus vecinos, ni a los muchachos que le silbaban y le gritaban “¡tía buena!”, ni a sus amigas, a las que oía corear “¡Teeereee, Teeereee, Teeereee!” mientras una música triunfal estallaba en los dos grandes bafles y el fotógrafo del periódico local disparaba flashes contra ella y una espesa vaharada de humo proveniente de un puesto de churros la envolvía con su glamour pringoso y sabrosísimo. Teresa estaba viviendo el comienzo de su sueño. Cuando, ayudada por el galante y muy guapo presentador, bajó del escenario, y en tanto su madre y sus hermanas la abrazaban emocionadas y le colocaban bien la banda y la corona entre el bullicio que se le formó en torno, un periodista le dio la enhorabuena y le preguntó qué estudiaba y si sus pretensiones eran las de ser modelo y si tenía novio o no tenía novio. Teresa respiró hondo, se sujetó las ganas de seguir llorando y le dio vergüenza responderle que ella no había terminado los estudios primarios porque los libros no se le metían en la cabeza, pero lo dijo, fue sincera y se quedó tan a gusto: Teresa sabía que con la verdad por delante se va a todas partes y que el hecho de no tener estudios no significaba que una fuese tonta. El periodista, conforme ella hablaba, iba tomando nota de sus palabras en

una libreta, detalle este que tenía un poco decepcionada a la muchacha, quien hubiese preferido micrófono o, en todo caso, grabadora, como se veía en la televisión que le arrimaban a los famosos. Al respecto de si quería ser modelo profesional, la nueva “Miss Barrio de Las Peñas” contestó que sí, que la pasarela era la mayor ilusión de su vida, y también el cine, pero que sabía que aquellos eran mundos muy duros y que para llegar a top-model o a actriz famosa había que trabajar y sacrificarse mucho, si bien ella estaba bien dispuesta a apearchugar con lo que fuera con tal de que sus deseos se vieran recompensados. Teresa, en lo más hondo de su vanidad, sin querer hacerse demasiadas ilusiones y mordiéndose la lengua para no decírselo al periodista, no podía evitar verse coronada algún día “Miss Universo”, pues con toda seguridad las más guapas del Universo empezaron siendo también las más guapas de sus barrios, así que por qué no ella: el primer triunfo ya estaba en su mano. En lo tocante al novio, entre risitas y rubores suyos y guasas de sus amigas, la muchacha respondió que no, que solo amigos, “soy yo muy joven todavía para novios, ya ves tú”, y que además no había conocido aún a la persona adecuada, “a la persona que me llene a mí como persona, ¿tú me comprendes lo que te quiero decir?”, y ahora el periodista seguramente le preguntaría que cómo debía ser esa persona y Teresa ya tenía los adjetivos sensible y bueno y cariñoso y comprensivo listos para lanzarlos a la libreta del periodista, pero este no se lo preguntó y al final el periodista resultó ser un maleducado, pues cuando terminó de anotar lo de la “persona adecuada”, dio media vuelta y se marchó sin decirle ni adiós. Sin embargo, Teresa se hallaba demasiado feliz y emocionada para enojarse por esa tontería, lo mismo es que era tímido, el pobre, y se entregó sin más demora a los abrazos y felicitaciones y besos y piropos de todo el mundo. Su madre, que no terminaba de arreglarle la banda para que se viera bien el letrero, se quejaba del marido, quien hacía rato que andaba trompa en el chiringuito, con los amigos, y era muy posible que ni se hubiera enterado de que su hija la pequeña había sido elegida

la más guapa del barrio de Las Peñas, qué cruz de hombre, cuando se ponía a pimplar no lo paraba nadie. Al rato, Teresa tuvo que volver al escenario, reclamada por el presidente de la comunidad de vecinos y organizador de las fiestas, a fin de entregar los premios a los ganadores de los concursos de macetas, dominó, carreras de sacos y sevillanas, como era costumbre. Y luego, para terminar su noche tan mágica, la nueva miss del barrio, con su vestido negro y corto de terciopelo y su banda puesta (la corona no, porque se le caía), se la pasó bailando en la plaza con sus amigos y amigas al son de las canciones de moda que interpretaban “Los Oasis” y bebiendo cocacolas, a las que la invitaba la gente porque, decían, “las reinas no pagan”, y firmándoles autógrafos a los chiquillos que se le acercaban como a una famosa de verdad.

El domingo por la mañana, a la salida de misa, todo el barrio la había visto en el periódico y la felicitaba y la envidiaba y le decía “guapetona”, y como era un día especial, el padre de Teresa, que tenía una resaca de mil demonios, invitó a toda su familia a desayunar de cafetería, en la mejor del barrio, la “Colombiana”, y los camareros, que eran conocidos, convidaron al final a una copita de anís y brindaron todos. Aquello era el éxito y Teresa se sentía muy bien, como nunca; ahora lo que tenía que hacer era no dormirse en los laureles, cuidarse mucho, no engordar, ponerse guantes para las faenas de la casa..., no se le fuese a truncar su carrera. Su padre, que era un hombre canijo y renegrido, vivaracho, electricista, le pegó un palmotazo en el culo al grito de “¡todo para adentro!”, refiriéndose al anís, y la joven fingió que la broma le había hecho mucha gracia. A mediodía, la panza del cielo de Las Peñas se nubló y un vientecillo ingrato comenzó a desplazar los vasos de plástico y los mil envoltorios que ensuciaban la plaza del barrio en su último día de fiesta y que los barrenderos ya quitarían el lunes. Su amiga Conchi la llamó por la tarde para decirle que la pandilla estaba preparando una cena en su honor y que iba a ser en el cocherón de la casa de Manolo y que ella tenía que acudir con el vestido de terciopelo, la banda y la corona porque,

si no, no tenía gracia, no parecería la miss del barrio, sino la Tere de siempre. Pero a Teresa le dio vergüenza salir así a la calle y se llevó el atuendo en una bolsa para ponérselo en el cuartillo de las herramientas del cocherón de Manolo. Su prima Juani la maquilló. Cuando apareció ante sus amigos, todos aplaudieron y la vitorearon y resultó una velada muy divertida, había pizzas y refrescos y cosas ricas para picar y buena música, su amigo Jorge trajo ginebra de su casa y acabó pea y haciendo el tonto, como siempre, y Pili imitó a Shakira, que la bordaba, con una llave inglesa por micrófono, en plan playback. Pero el lunes había que madrugar, el lunes había talleres, tiendas, edificios en construcción, cajas de hipermercado, de manera que a las once y media dieron por terminada la cena-fiesta en honor de la guapa. A Teresa ya no le dio vergüenza volver a casa vestida de miss porque la acompañaba Juanjo y el joven iba anchísimo de que lo vieran con ella. Juanjo le propuso ir a ver los cohetes que anunciaban a las doce el final de las fiestas, pero Teresa estaba muy cansada, habían sido dos días de mucho ajetreo, la noche anterior apenas había podido dormir, por la emoción, los tacones ya no los soportaba ni un minuto más... Dormiría y su cutis se lo agradecería mucho. El joven le buscó un beso en la boca cuando la despidió en su portal y la más guapa del barrio dijo "ay, no seas tonto, quita" y no se lo dio. Luego, mientras subía las escaleras, Teresa pensó que debía habérselo dado, no fuera a creer Juanjo que ahora ella lo consideraba poca cosa por ser miss. Entró en casa con ese regomello. Su madre y sus hermanas habían ido al parque a ver los cohetes, pero su padre no y al momento se coló en el cuarto de la hija pequeña y le ordenó que se lo quitara todo menos la banda, y que vaya un lujo de niña tenía él en su casa. Teresa había aprendido que lo mejor era no negarse, tenderse boca arriba, no pensar, no oler, no hablar, no quejarse... Su padre terminaba pronto. Y después lo mejor era sonreírle, decirle que había estado bien, no le fuera encima a pegar una paliza. Los cohetes, mientras tanto, explotaban a una altura muy cercana y hacían que ladrasen, aterrorizados, todos los perros del barrio.

2.^º Premio

Ada Neuman

Patricia Esteban Erlés

La mañana de sábado en que Ada Neuman se trasladó definitivamente a nuestro edificio yo ya le tenía cierta ojeriza, porque el ruido incesante de la obras en su piso había conseguido destrozarme los nervios durante las semanas previas a la mudanza. Para colmo, los tipos que le trajeron los muebles el día anterior me habían despertado, al llamar por error al timbre de mi casa cuando ni siquiera habían dado las ocho de la mañana. Me desahogué diciéndoles de todo por el portero automático antes de colgar bruscamente, y Javier me gritó desde la cama que estaba loca. Escuché que una voz femenina, como de locutora de radio, decía “Aquí Ada Neuman, suban, por favor”, desde otro interfono y les abría la puerta. Me pareció que tenía un poco de acento argentino y que debía de ser rubia. Minutos después me acerqué a la mirilla y vi una pareja de sillones de color marfil, envueltos en sus fundas de plástico, descansando en el rellano como dos apacibles elefantes blancos, hasta que dos diminutos ecuatorianos se los llevaron adentro. Entonces me asomé a la ventana y comprobé que en la furgoneta aparcada junto al portal estaba dibujado el anagrama del almacén de muebles más caro de la ciudad, un arbolito verde que parecía pintado por un niño de primaria. Me pasé un buen rato ocupada, porque aquellos sillones fueron las primeras dos piezas de un desfile de mobiliario selecto que se prolongó hasta muy entrada la tarde. A través de la mirilla vi a los resoplantes ecuatorianos trasladar una mesa baja de mármol travertino, un jarrón rojo de porcelana china en el que podía haberse plantado tranquilamente una palmera, una cama blanca de dosel que arrastraba un cortinaje de seda de varios metros de longitud; por no hablar del secreter renacentista de palosanto o el piano blanco de cola que trajeron los empleados de una céntrica tienda de instrumentos musicales a mediodía.

Hasta aquel momento, de la futura propietaria del 3.^º B solo sabía su nombre, porque tres o cuatro semanas antes de la mudanza lo había descubierto grabado en el buzón contiguo al nuestro. Ada Neuman, decía la placa de bronce envejecido. Me llamó un poco la atención aquel “Ada”, escrito en cursiva y sin “h”, pero justo entonces pasé la mano por el interior de nuestro cajetín y extraje un sobre rectangular del banco. Con un respingo, intuí la amenaza latente de un recibo inesperado y me olvidé por completo de la nueva vecina.

Después había venido lo de la dichosa reforma integral. Durante quince días, de lunes a domingo, una brigada de albañiles rumano vestidos de un blanco impoluto tomó al asalto el edificio, adueñándose del ascensor desde primera hora de la mañana y dejando a su paso un harinoso sendero de polvo grisáceo que trazaba en el suelo la línea del espacio conquistado por aquella turba de gigantones silenciosos. El rellano adquirió en apenas dos semanas el aspecto de un vertedero montañoso, lleno de enormes sacos de escombros y tuberías consumidas por el óxido, recién extirpadas de las paredes. La furia rítmica con que el escoplo de los rumano golpeaba las baldosas del cuarto del baño y la cocina de Ada Neuman hasta que se hacían añicos contra el suelo tenía algo de telúrico. Aquel martilleo me despertaba cada mañana con la brusca sensación de que una falla acababa de resquebrajar los cimientos de nuestro bloque y me arrojaba sin remedio al interior de un pozo abisal, poblado por extrañas criaturas de alcantarilla. Tardaba todavía unos instantes en recobrar la noción del tiempo y del espacio, crucificada sobre el edredón, como si realmente acabara de estrellarme contra la cama. Después me arrastraba a la cocina y miraba el reloj de pulsera a través de las últimas telarañas del sueño, maldiciendo a aquella mujer del nombre imposible y a su disciplinada cuadrilla de albañiles. En ocasiones comprobaba al borde de la crisis nerviosa que apenas hacía media hora que había conseguido dormirme, porque una terrible ola de calor azotaba la ciudad en aquellos días y yo pasaba las madrugadas en vela,

escuchando el monólogo intermitente de un grillo en algún balcón cercano con los ojos abiertos, hasta que un cielo de sucio malva se iba colando a través de las rendijas de la persiana.

Y todo porque a principios de junio, Javier se había sentado ante la mesa de la cocina con su libreta de gastos y tras dos horas de cuentas emborronadas terminó reconociendo que con nuestros escasos ahorros no nos alcanzaba para instalar el aire acondicionado en los dormitorios, tal y como habíamos previsto hacer. De hecho, admitió mi marido con un cabeceo triste, ni siquiera podíamos plantearnos comprar un aparatito portátil para ir refrescando por turnos cada habitación. La historia no era nueva. El verano anterior nuestro viejo Ford Fiesta se había declarado oficialmente muerto en medio de una de las calles más céntricas de la ciudad y tuvimos que invertir la extra de julio y parte de lo poco que habíamos conseguido ahorrar en cambiarle el motor. Esta vez, la ortodoncista de Carlota nos había mostrado en su consulta la radiografía de una pequeña sonrisa de calavera. Al parecer, la desviación que se apreciaba en los incisivos de nuestra hija podía llegar a deformarle el labio si no se le ponía remedio a tiempo, así que dos filas de espantosos y carísimos hierros correctores salieron de la nada y escalaron la lista de prioridades domésticas situándose en el número uno, mientras yo me resignaba a desempolvar el esquelético ventilador del armario de la terraza, un verano más.

El resultado de aquella decisión fue que Carlota berreaba todas las mañanas a la hora del desayuno, mientras yo, cada vez más ojerosa y parecida a un zombie, perdía los nervios y le obligaba a ponerse el aparato a bofetada limpia. Por la noche ninguno de los cuatro lograba conciliar el sueño. De vez en cuando Carlota chillaba pidiendo agua y se oía a Javier júnior maldecir los dientes torcidos de su hermana desde la terraza. Había decidido trasladarse allí, con la colchoneta hinchable del camping. Mientras, yo trataba de dormirme contando las vueltas que Javier padre daba en su mitad de la cama, imaginando el cerco que el sudor de su corpachón iba a trazar a lo largo de las horas en la sábana bajera. Una silueta fantasmal que

traspasaría el somier y me obligaría a cambiar la ropa de la cama en cuanto nos levantásemos por la mañana. El sueño no llegaba y a cada minuto notaba el camisón blanco de verano pegándose más y más a mi piel, hasta hacerme sentir como un caramelo chupado por un niño, con una banda de papel blanquecino empapado en saliva caliente rodeando mi cuerpo. Aunque el bochorno resultaba abrasador no me atrevía a desnudarme del todo, por miedo a lo que Javier pudiera pensar al girarse. Yo no estaba para muchas fiestas, la verdad. Me desesperaba permanecer despierta durante aquellas largas horas nocturnas en las que el calor atrapado en el asfalto durante el día reptaba por la fachada del edificio como una bestia con dedos de alquitrán.

¿Cómo no iba a odiar a Ada Neuman, que vivía sola, compraba muebles de diseño y tenía una voz ronca y suave a la vez, de mujer rubia, fumadora y aventurera? Pero lo peor, por increíble que parezca, aún estaba por venir, solo que yo todavía no podía ni imaginarlo. Muchas veces me atormento diciéndome lo estúpida que fui, reprochándome el no haber sido capaz de avistar a través de la mirilla el peligro que se cernía sobre nosotros. Ada Neuman era el cataclismo con el que yo soñaba a veces, aquellas noches de calor febril, y no supe verlo.

El sábado por la mañana Ada Neuman bajó de un coche negro que parecía de charol, con un vestido de tirantes y falda de vuelo, estampado con enormes dalias blancas. Llevaba el pelo recogido con un pañuelo y grandes gafas de sol. Me pareció que era morena y menuda, pero no puedo asegurararlo, porque enseguida se metió en el patio, mientras el conductor del coche descargaba del maletero dos enormes maletas blancas, que centellearon bajo el sol de la mañana como si fueran de nácar. Ahí está su ropa, toda de marca, seguro, me dije sin apartar los ojos de ellas, mirando al hombre guapo y trajeado seguir los pasos de Ada Neuman, igual que un vulgar botones de hotel.

No me di cuenta de que Carlota dejaba de ver los dibujos animados en el salón y se escabullía al rellano para saludar a la

nueva vecina. Seguía demasiado abstraída en el lomo negro y resplandeciente del Mercedes como para percatarme de que mi hija se quitaba el corrector dental y salía al encuentro de Ada Neuman y sus maletas nacaradas. Cuando dejé mi puesto de vigilancia y me dirigí a la cocina para poner la cafetera al fuego ya era tarde. La puerta de casa estaba abierta y tras un momento de pasmo corrí afuera, temiéndome lo peor. Lo cierto es que en el descansillo solo encontré las dos maletas de Ada Neuman colocadas una frente a otra en posición horizontal, y a Carlota parada junto a la más grande, moviendo los brazos y admirando el reflejo de sí misma que le devolvía la superficie perlada, como si fuera un espejo mágico. En el interior del piso vecino se escuchó entonces el murmullo suplicante de un hombre, después una risa burlona y una voz femenina hablando en francés. Por último, el sonido de unos tacones alejándose por el pasillo. Sin saber muy bien por qué le di una bofetada a mi hija y la arrastré adentro, pero no pude evitar escuchar la puerta del 3º B cerrándose lentamente, dejando aquellas dos maletas de actriz de cine abandonadas en el rellano, con el reflejo de una niña de siete años atrapado para siempre en su interior.

No sabíamos a qué se dedicaba aquella mujer, tan solo que su casa estaba siempre llena de hombres que entraban con ojos de hechizados en el ascensor y se olvidaban hasta de decir adiós al salir, obsesionados por pulsar cuanto antes el melodioso timbre de la puerta de Ada Neuman. Siempre tardaba mucho en salir a abrir, así que no me daba tiempo de verla, por más que me entretuviera fingiendo buscar las llaves en el bolso. El visitante se quedaba esperando en el rellano diez o quince minutos más mientras yo me resignaba a entrar al fin en casa, prometiéndome a mí misma que en la próxima reunión de la comunidad me quejaría de que la puerta lacada en blanco de esa advenediza se cargaba de un plumazo la armonía integral del rellano.

Un día mandé a Javier júnior a comprar el pan y la leche, quien aceptó a regañadientes, como de costumbre, pero volvió

encantado, diciendo que se había encontrado con la nueva vecina en el portal y habían subido juntos en el ascensor. Después se pasó media hora describiendo el perfume floral de su larga melena pelirroja, y el elegante vestido largo de terciopelo verde botella que llevaba puesto. Durante la comida explicó con minuciosidad de astrónomo la lluvia de pecas estrelladas que adornaban su escote y evocó el porte de violinista rusa de la vecina. ¿Rusa?, le pregunté, ¿Ada Neuman es rusa? Me asusté mucho cuando mi hijo de trece años respondió con voz grave: No, mamá. Ada Neuman es un ángel. Eso es lo que es. Curiosamente, a partir de entonces Javier júnior no volvió a protestar por tener que dormir en la galería a causa del calor. Una mañana temprano, al abrir la puerta de la terraza, descubrí el motivo: una hilera de sujetadores y diminutas bragas de color amatista ondeaban en el tendedor de Ada Neuman, y mi hijo permanecía despierto en su colchón, vigilando la cuerda de nuestra vecina, leyendo con ojos hipnotizados aquel pentagrama de notas azuladas.

Pero el principio del fin habría de comenzar oficialmente una de aquellas tórridas madrugadas, cuando mezclado con los ruidos habituales de la casa distingui de pronto un sonido nuevo, distinto al crujir reumático de la librería en el salón y al tartamudeo del agua cayendo en la cisterna del piso de abajo. Al principio fue solo un rumor localizado detrás de la pared de nuestro dormitorio, pero pronto aquel siseo pareció extenderse como una cola invisible de dragón por todas las habitaciones en la casa vecina, levantando una corriente de aire fresco a su paso que yo podía sentir a través del tabique, con la garganta seca de un abandonado en el desierto. Comencé a sollozar, desesperada y sedienta, cuando comprendí que Ada Neuman se había hecho instalar un sofisticado sistema de refrigeración integral en su piso. A mi lado, tumbado boca arriba, Javier permanecía tan despierto como yo, pero no dijo nada. Ni siquiera me preguntó qué era lo que me pasaba. Escuché el ronroneo de aquel céfiro artificial durante horas, imaginando el balanceo lúbrico de las cortinas de

gasa blanca de la cama de Ada Neuman, el siseante avance del frescor por el pasillo, colándose en la boca del jarrón rojo hasta producir una misteriosa música en su interior, un rumor marítimo de caracola cuya belleza solo yo era capaz de valorar en su justa medida. El aire fresco mecería las partituras olvidadas sobre el piano y llegaría a la terraza girando grácilmente, agitando la ropa interior de Ada Neuman como si fuera una bandada de anémonas despidiéndose, ante la atenta mirada de mi hijo Javier, insomne ahora por voluntad propia. Creo que di algunas cabezadas y llegué a soñar durante unos segundos con el paisaje submarino de las prendas íntimas de aquella mujer, ondulando al compás del aire fresco, inalcanzable, cuando de pronto me sobresaltó el sonido de la puerta de la calle cerrándose con sigilo. Miré al otro lado del colchón y solo encontré la huella del cuerpo de Javier en las dunas húmedas de la sábana.

Durante las semanas que siguieron, los tres miembros de mi familia se convirtieron en auténticos maestros del juego del escondite inglés. A mí siempre me tocaba hacer de gallinita ciega, fingía no enterarme de que Javier hijo desaparecía justo al mismo tiempo que el piano de cola blanco comenzaba a desgranar una tristísima rapsodia en casa de Ada Neuman, mientras restregaba energicamente la esponja amarilla por la espalda de Carlota, quien unos minutos antes me había abrazado la mar de mimosa, pidiéndome que la bañara como cuando era pequeña. Otras veces, Javier hijo vendaba mis ojos requiriendo uno de aquellos flanes temblorosos que antes solía hacer los domingos, y Carlota aprovechaba para deslizarse a través de una mínima rendija de la puerta y asomarse al maravilloso mundo de superficies especulares del piso vecino. En ocasiones los dos me cogían de la mano de pronto y me arrastraban junto al televisor, saltando y riendo como una pareja de muñecos articulados porque se les antojaba que viésemos juntos un estúpido concurso a media tarde, mientras Javier padre, recién llegado de la oficina, jugaba al juego de las puertas hasta la hora de la cena.

Aguanté todo lo que pude, lo juro. Pensé que al final ellos se darían cuenta de que yo era su madre y esposa, pero Ada Neuman se reveló una adversaria formidable. Fue quitándomelo todo, como una araña tiró del hilo plateado y se llevó con ella los cepillos de dientes de Carlota, Javier hijo y Javier padre, dejando al mío completamente solo, como una flor lánguida en el vaso de cristal del lavabo. Una tarde Carlota me dio un beso en la mejilla y me pidió permiso para bajar a jugar a la plaza con una amiga de la escuela. No tuve valor para negarme ni para ordenarle que antes de salir se pusiera el corrector dental. A las nueve de la noche no había regresado, pero Javier hijo, Javier padre y yo hicimos como que no ocurría nada y nos sentamos a la mesa, evitando mirar la sillita vacía cada vez que nos pasábamos la cesta del pan, con una amabilidad de la que no nos sabíamos capaces. A la tarde siguiente fue Javier hijo quien, sorprendentemente risueño, desapareció sobre las siete para acudir a sus clases de recuperación en la academia de inglés. Tampoco regresó, así que después de cenar su padre y yo nos sentamos en el sofá y vimos en silencio un documental acerca del asma infantil que ponían en la 2, hasta que se hizo la hora de acostarse. Al abrir la puerta de la terraza para que corriera algo de aire, vi la colchoneta vacía de Javier júnior en el suelo y pensé en un animal atropellado. Por primera vez en mucho tiempo, Javier padre me dio un beso en la mejilla antes de girarse para dormir.

Hoy me he tropezado a Carlota en el ascensor. Me ha esperado con la puerta abierta, y una enorme sonrisa en los labios. Me ha preguntado a qué piso iba. Le he dicho que al mismo que ella. Ha sonreído al pulsar el botón. Ya no necesita ponerse de puntillas y he recordado que está a punto de cumplir nueve años al mirar su nuevo corrector de dientes. Es de plástico rosa y le gusta mostrarlo, por eso sonríe todo el tiempo. Ha salido dando saltitos de la cabina hasta llegar a la puerta de Ada Neuman. Entonces se ha girado un momento y ha vuelto a sonreír.

—Que tenga un buen día, señora Rodríguez —ha dicho con voz cantarina, antes de entrar en su casa.

Premio Especial Monegros

Durante la lluvia

Miguel Carcasona Brau

Esa gota que se escurre por el cristal; esa gota de lluvia, que tanto se parece a una lágrima, no le moja porque la ventana le resguarda de la incertidumbre. Sin embargo, algo le impide apartar los ojos del vidrio, de pronto opaco; un hechizo le cautiva ante esa pantalla por la que las imágenes del pasado desfilan como los rehenes seguían a la Muerte, en *El séptimo sello*, tras perder la partida de ajedrez. Un pasado que sitúa a setenta kilómetros de su piso zaragozano y que, esa tarde, se manifiesta con el olor inconfundible del chubasquero mojado, mientras sorteá los charcos camino del cine de Sariñena. Sobran los anglicismos para rememorar un tiempo ido o para fragmentar una evocación en secuencias y que ante él se muestre la exuberancia de Victoria Vera, musa de sus masturbaciones, o la voz envidiable de José Sacristán aprobando asignaturas pendientes. Sobra también el vano esfuerzo de eliminar las escenas rechazadas, porque uno es el guionista, nunca el director de la película de su memoria, y no puede evitar la intrusión del secundario que eclipsa a la estrella. Las cejas alborotadas de Paco se cuelan sin permiso, obligándole a abrir el plano y divisarlo dentro de la taquilla, donde despacha las últimas entradas junto a la impasible somnolencia de Capablanca, un galgo que demasiado tiempo atrás dejó de ser corredor. Luego, la dinámica de la cámara es imparable y el plano sigue abriéndose hasta enmarcar el vestíbulo del cine –así, en singular, porque no había más en el pueblo– por donde merodea un chaval de catorce años, que responde a su nombre. Un chaval que, a fuerza de ojear los carteles con la avidez del tímido, llamó la atención del taquillero.

–¿Te gusta el cine? –le espetó un día.

Él hizo un movimiento afirmativo con la cabeza.

—¿Y por qué no entras?

—Porque no tengo dinero.

Paco lo miró con el cariño con que hubiera mirado al nieto que nunca tendría. Luego oteó el vestíbulo, asegurándose de que no había un alma, y le indicó que se acercase hasta la puerta de la sala. Con la mano sobre el pomo le hizo prometer que nunca se chivaría y, tras advertirle que se sentara sin molestar a nadie, le dejó pasar. Esa fue la primera de una serie que, semana tras semana, duraría un año. Miércoles de cine y conversaciones. Sesiones inolvidables en las filas intermedias, las de los auténticos cinéfilos, entre matrimonios que mataban las horas de tedio a los pies de los mitos que nunca serían y parejas que las devoraban con glotonería, amparadas en la oscura permisividad del gallinero. Partidas de ajedrez al terminar la proyección, antes de volver a casa para la cena, en las que, al unísono que meditaba la jugada, Paco le narraba retazos de su vida; anécdotas siempre inconclusas porque movía pieza y respetaba el turno del contrario con un mudo letargo solo interrumpido por alguna caricia a Capablanca y, cuándo de nuevo le tocaba, emprendía una historia diferente, esbozando una media sonrisa y un “otro día seguiré con esa” si él quería reconducirlo a la anterior. Un año de oasis en el erial de clases anodinas y amigos aún más anodinos hasta que una mañana, como una exiliada de otro planeta, Lucía desembarcó en el instituto. Lucía con vaqueros y sonrisa. Lucía con aplomo y tacones. Lucía sin anclajes ni sostén, sustituyendo a la Vera en sus fantasías y, cuando el deseo se impuso a la timidez, ensayando con ella las frases favoritas de los galanes, las que nunca fallaban en el preludio del beso. Lucía extraterrestre, traída por el azar de un empleo paterno desde ese planeta llamado Barcelona, del que cada año, con el calor, llegaban veraneantes a renovar los lazos con la familia y cuya superficie había explorado en esporádicas visitas a parientes. Lucía inaccesible como las rubias de los carteles, que escuchaba sus zalamerías con el mismo gesto, mitad compasivo, mitad divertido, que pondría ante el requiebro de un crío de la

escuela. Hasta que una vez, para su sorpresa –el que la sigue, la consigue, pensó– le prometió salir con él si la invitaba a un cine de Huesca. Le daba igual el Odeón, el Olimpia o el Avenida. Estaba harta de ese puto pueblo. De los cuatro tugurios donde los chavales se juntaban las tardes de domingo imaginando que, al otro lado de la puerta, pululaban las pandillas del Bronx en lugar de los abuelos tomando la fresca. De ver copias ralladas de las películas que, tras exhibirse por medio país, ya habían pasado de moda cuando aterrizaban en ese culo del mundo. Cualquier cine de la capital estrenaba dos meses antes que el de Sariñena. Por ello, también eran más caros y él sabía que nunca conseguiría reunir el dinero necesario para pagar el autobús y las entradas. Fue un miércoles lluvioso, como este. Tal vez por eso evoque aquellos días con tanta fuerza, sin poder evitar que las escenas se atropellen, deshilvanadas, en su memoria: la desazón que le quitó el apetito y las ganas de conversar. La congoja que le impidió centrarse en la película de Berlanga. La constatación, al salir, de que su amigo aún no había regresado del café donde combatía el aburrimiento y la decisión de esperarlo dentro de la taquilla, que sabía abierta, jugueteando con Capablanca. Quería pedirle consejo. Aunque fuese soltero y las mujeres simples comparsas en sus historias, intuía una experiencia de adulto con ellas, no compartida con él por la diferencia de edad. En realidad, desconocía casi todo sobre Paco. La primera vez que lo nombró en casa sus padres cruzaron una mirada de alerta, antes de contestarle que era un buen hombre, sin mucha suerte en la vida, mientras se concentraban de un modo inusitado en desmenuzar las rodajas de pescado. Después, al afianzarse el lazo entre ellos, ante su insistencia, se explayaron algo más, pero siempre dando sensación de incomodidad, de arenilla alojada en los riñones que duele al recordar su existencia. Le hablaron de un Paco joven, mecánico de las Alas Rojas en el aeródromo instalado, durante la guerra, en la carretera de Albalatillo. Un Paco que, con la derrota, se vio obligado a huir hacia Francia, donde las debió

pasar canutas con los nazis y no mucho mejor después porque cuando volvió, mano sobre mano, ya se había convertido en el abuelo hosco, como un perro baqueteado por todo el mundo, que completaba con el trabajo de taquillero su pensión francesa, al parecer exigua. Les replicó que Paco no era hosco, que la gente lo etiquetaba sin conocerlo. Incluso les contó que el primer día –no se atrevió a confesarles que también los demás– le dejó colarse en el cine. Ellos sonrieron, añadiendo que ya le habían dicho que se trataba un buen hombre, lo cual no estaba reñido con tener un carácter difícil. “A lo mejor con los chicos es más afable”, remataron.

Capablanca permanecía tumbado al lado de la banqueta. Debía esforzarse para recordarlo en otra postura, contradiciendo la leyenda de inquietos que acompaña a los galgos. Era un perro viejo, ya de vuelta de todo. Ni siquiera parecía inmutarse con las hembras en celo, que tanto alteraban a sus congéneres sueltos por las calles del pueblo. Paco lo había adoptado hacía un par de años, la mañana que apareció por su calle husmeando basuras, con la mirada huidiza y una marca alrededor del cuello. Su dueño debía ser cazador y había intentado ahorcarlo, un método usado por algunos para deshacerse de los galgos viejos. Las bandadas de buitres merodeando por parajes recónditos de la sierra solían dar la voz de alarma. Por suerte o por habilidad, Capablanca había logrado librarse del nudo. Al principio no permitía que Paco lo acariciase, pero aceptaba la comida que le dejaba en la puerta de su casa. Poco a poco fue accediendo a su compañía; primero le consintió la simple presencia a su lado; después, que le pasara la mano por el lomo y ya, al fin, que lo espulgara y lo convirtiese en su fiel compañero, la sombra que le seguía en silencio de casa al cine y del cine a casa, nunca al café o cualquier otro sitio. Todos los perros se parecen a sus amos, aseguraba su padre. Y este, sin duda, confirmaba el dicho. Movió ligeramente la cola al verlo –su pasividad se extendía a las muestras de cariño o rabia– y él se agachó para acariciarlo. Entonces, en un estante bajo oculto a

la vista del público, vislumbró una cartera entreabierta, de la que sobresalían varios billetes de cien pesetas. En la cartera donde Paco guardaba la recaudación divisó repetida la calva de don Manuel de Falla y, de repente, sintió el fogonazo, el temblor al imaginar las caricias de Lucía recostada en el terciopelo de las butacas, las dudas, el atisbo al vestíbulo ya desierto, el miedo y, por fin, el brazo que sortea a Capablanca –que lo mira como debió mirar a su amo mientras trenzaba el nudo–, los dedos que aferran, la mano que roba. A partir de ahí se sucedieron el fantasma que huye, el traidor que se regocija en casa y el gilipollas que, a la mañana siguiente, es abofeteado por la carcajada de Lucía, por su desdén cuando le declara que lo del día anterior fue una broma, que nunca saldría con un crío como él. No puede conseguir el fundido en negro por mucho que baje la persiana de golpe. En treinta años ninguna lluvia ha podido lavar los remordimientos aunque Paco fuera a esperarlo a la salida del instituto y, sin alterarse, le prometiera que no lo denunciaría si devolvía el dinero. Lo reintegró esa misma tarde. El taquillero lo contó con las cejas más alborotadas de lo normal. Al terminar, lo miró con el despecho con que hubiera mirado al hijo que nunca tuvo, mientras Capablanca ni siquiera levantaba la vista, y le dijo: “Ahora lárgate y no vuelvas jamás a este cine”.